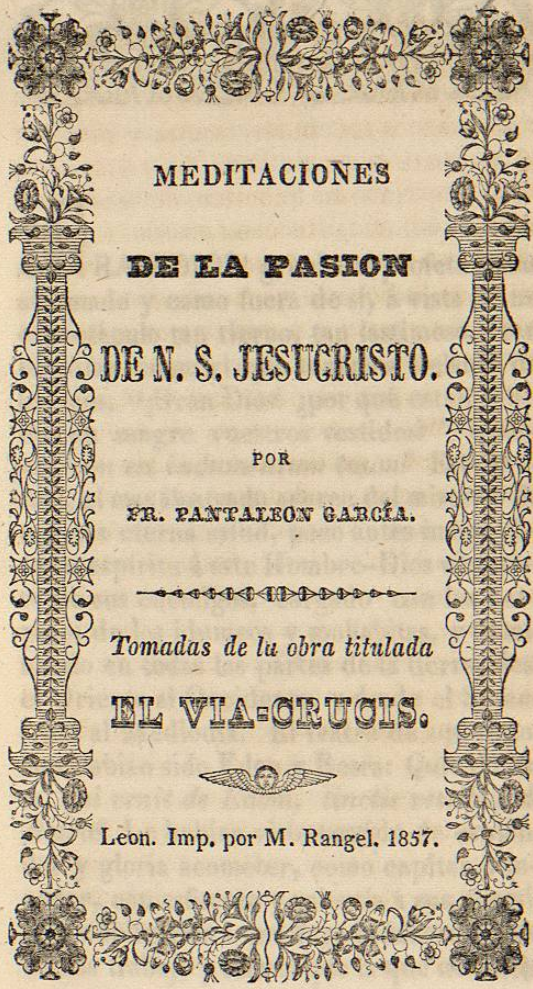


dilectionis suae. Reconozcamos este in-
 menso beneficio con la gratitud mas siu-
 cera y la adhesión mas afectuosa. Re-
 conozcámoslo conformando nuestros pen-
 samientos, nuestros sentimientos y nues-
 tra vida á las leyes puras, santas y per-
 fectas de este reino de Dios de tal mo-
 do que Jesús no se ruborice de tener-
 nos por súbditos. Reconozcámoslo sos-
 teniendo, con la pureza de nuestras cos-
 tumbres, el honor de pertenecer á un
 monarca tan grande, manifestemonos lle-
 nos de celo por su gloria, llenos de un
 santo respeto por sus templos y obser-
 vadores fieles de sus leyes, á fin de
 hacernos después participantes de sus re-
 compensas eternas. *Así sea.*

Reconozcamos pues, nosotros que so-
 mos cristianos y descendientes de pa-
 dres gentiles, reconozcamos con san Pa-
 blo el acto de inefable misericordia por
 el que Dios nos sacó sin mérito algu-
 no de nuestras iniquidades en
 la que hubiéramos sido viles es-
 clavos de todos los errores y de todos
 vicios, para trasladarnos al reino de Dios,
 y hacernos participantes del amor de
 Dios: Qui estipuit nos de potestate te-
 nebrarum, et transiit in regnum fili-



12
4



MEDITACIONES
 DE LA PASION
 DE N. S. JESUCRISTO.

POR
 FR. PANTALEON GARCÍA.

Tomadas de la obra titulada
 EL VIA-CRUCIS.

Leon. Imp. por M. Rangel. 1857.



¡GRAN DIOS! gritaba el profeta Isaías abismado y como fuera de sí, á vista de un espectáculo tan tierno, tan lastimoso y tan singular como el que tenemos delante de los ojos, “¡Gran Dios! ¿por qué están teñidos en sangre vuestros vestidos?” *Quare rubrum est indumentum tuum?* Este profeta, el mas ilustrado acerca del misterio de nuestra eterna salud, poco antes habia visto en espíritu á este Hombre-Dios victorioso de sus enemigos, cargado con los despojos de los idumeos y mohabitas, y dominando en todas las partes de la tierra, desde el Oriente al Occidente, y desde el Setentrion al Mediodía. El teatro de sus victorias habian sido Edon y Bosra: *Quis est iste, qui venit de Edom, tinctis vestibus de Bosra?* Le habian visto vestido de esplendor y gloria acometer, como capitan vencedor, con esfuerzo y valentía á sus enemigos, y obligarlos á una fuga indecorosa, con menos trabajo y fuerza que la que necesita-

ron, Abraham para arrojar los cuatro reyes de Sodoma, Josué para vencer á Amalech, Aod para degollar á Eglon y acabar con mas de diez mil mohabitas, Débora para quitar la vida á Sísara y sus ejércitos, Jepté para rebelar las ciudades de los hijos de Amon: *Iste formosus in stola sua, gradiens in multitudine fortitudinis suæ.*

El mismo Señor habia asegurado que su primer designio era cumplir las promesas que tenia firmadas con su palabra, que es palabra de justicia y verdad; y en lugar de que Salomon no reinó sino en la Judea, Dario sobre los parthos y babilonios, Faraon sobre los egipcios; en lugar de que Nabuco no estendió su imperio mas que desde la India hasta la Etiopía, y Alejandro el grande no pudo conquistar toda el Asia, él se haria reconocer por todos los pueblos y naciones, no solo por su Rey y por su Juez, sino tambien por su Legislador y su Dios, á fin de salvar las reliquias de su pueblo afligido: *Ego qui loquar justitiam, et propugnator sum ad salvandum.*

Todo este teatro de grandeza y magestad lo vió Isaías repentinamente trocado; el poder mudado en debilidad, la fuerza en flaqueza, la elevacion en abatimiento, la hermosura de sus vestidos en una túnica

ensangrentada: el Dios del poder, el Dios de los ejércitos, el Dios terrible, constituido en la última miseria; así como le veis, rasgadas y despedazadas las carnes, molido el cuerpo y todo desangrado; penetrada la cabeza con setenta y dos espinas, y aturrida por causa de los dolores, de los gritos y falta de la sangre; ciega la vista y turbada por la hinchazon de los ojos y la sangre helada en ellos; tupidos con la misma sangre los oídos y las narices; abierta la santísima boca y toda ensangrentada; acelerada la respiracion con el peso de un tosco leño que lleva sobre los hombros, y la violencia con que la mas vil canalla le lleva al Calvario, para que acabe la vida en el suplicio afrentoso de la cruz.

Este acaecimiento tan nuevo, fué el que sorprendió al profeta, y le obligó á preguntar á Dios la razon: Señor, Señor, ¿quién os ha puesto en tan lamentable estado? ¿quién os ha cargado de esa cruz, que con su ignominia os llena de confusion, y con su peso os renueva todas las heridas hasta teñir en sangre vuestros vestidos? *Quare ergo rubrum est indumentum tuum.*

¡Ah, cristianos! no preguntemos nosotros, no, cuál es la causa de un espectáculo igualmente nuevo que doloroso; nosotros

somos los que hemos puesto á este admirable Salvador en ese estado: nuestras culpas son las que le han cargado sobre los hombros esa pesada cruz, y las que agravan su peso: nuestras ingraticudes son las que le han arrebatado de los brazos de su Madre, y le llevan al monte del sacrificio, exhausto de fuerzas, cayendo y levantando, y casi en términos de espirar. Aplicaos, pues, á contemplar por menor lo que hacen sufrir al Redentor nuestras culpas en este amargo camino, para aprender lo que debe ser siempre el motivo de nuestro dolor.

Dad lugar en vuestros corazones á ese hacecito de mirra buscado con tanta ansia de la Esposa, y conservado con tanta complacencia; quitadle la corteza para penetrar á fondo su amargura; buscad con diligencia las coyunturas de ese manso Cordero que va á ser sacrificado, según lo habia figurado el de la ley. Divididle en partes muy menudas; pues si así lo mandó hacer Dios en el Levítico con la oblacion que era de sarten, fué porque representaba á Jesucristo que va á ofrecerse á su Padre, hostia sangrienta para satisfacer por la culpa.

No mireis solo de paso y en la superficie los abatimientos y penas que sufre el Redentor en este camino al Calvario. Si así

lo hiciéramos, Jeremias tendria razon para quejarse en persona del Salvador: "Mi pueblo, ese pueblo á quien di tantas pruebas de mi cariño, me ha olvidado para siempre." David hablaria con igual justicia, diciendo: "Mis amigos no se han acordado de que los libré de la mano fuerte que los atribulaba." Levantaos, pues, sobre los pensamientos humanos y poneos de asiento á descubrir en este doloroso paso una crueldad impía, un profundo abatimiento, un penetrante dolor.

Si quereis comprender á poca costa la crueldad con que trataron al Salvador los judíos cuando le pusieron la cruz sobre los hombros, representaos los funestos empeños de la envidia, de la ira y del odio.

¡Oh envidia, qué estragos no has hecho en el mundo! Tú moviste á los hijos de Jacob para que vendiesen á su hermano José, solo porque era amado de su padre con mas ternura: tú cegaste á Saul para que no viese el mérito de David, antes le persiguiese con teson, solo porque despues de muerto el Filisteo, le aplaudian con ventajas las mugeres de Jerusalem: tú pusiste en las manos de Cain el instrumento con que quitó la vida inocente de Abel, solo por-

que el cielo miraba con mas aceptacion sus sacrificios.

¡Oh pasion atrevida de la ira! no has sido tú menos cruel: tú precipitaste al rey Acab, para que sin atender á las justas razones de Naboth, le quitase con violencia la viña y la vida: tú diste ocasion á Senacherib para que pasase á cuchillo una multitud de judíos que no asentian á sus proyectos: tú moviste á Aman para que persiguiese al justo Mardoqueo y alcanzase de Asuero un decreto de estincion contra todo Israel.

¡Oh pasion violenta del odio! ¿hasta donde no se han estendido tus esfuerzos? Tú fomentaste á los egipcios para que afligiesen á los hijos de Israel hasta la amargura de su alma, y hasta castigarlos desapiadadamente con abrojos y espinas: tú encendiste el fuego de la cólera en el corazon de Absalon para que persiguiese á Amnon hasta quitarle la vida con dolor de su padre David: tú provocaste á Jezabel para que persiguiese á Elias hasta la muerte, hablando de él como de un hombre vulgar.

Estas pasiones **violentas**, terribles, fuertes y atrevidas, fueron las que gobernaron el corazon de los **judíos** para perseguir al Redentor: no os **admireis**, pues, si me ois

decir que llegó su crueldad en este paso á cuanto puede estenderse la barbarie mas desnaturalizada.

A cualesquiera otros que no hubieran sido preocupados de tan crueles pasiones, hubiera movido á compasion la imágen lastimosa de ese Hombre-Dios que puso Pilato á la vista del sacrílego pueblo, aunque hubiera sido Jesucristo el hombre mas facineroso; porque á la verdad, entonces se vió cumplida la profecía de Isaías. Vámosle, y no tenia figura ni apariencia de lo que era: *Vidimus eum, et non erat aspectus.*

Abel, David, José, Naboth, Elías, Mardoqueo, hijos de Israel, Amnon, nunca fuisteis vosotros tan dignos de compasion como el Hijo de María Santísima; y me atrevo á asegurar que si os hubieran visto vuestros perseguidores en el lastimoso estado á que llegó Jesucristo cuando le pusieron la pesada cruz sobre los hombros, hubieran sido menos desapiadados con vosotros.

Ya habia sufrido ese Hombre-Dios una bofetada de un soldado atrevido, tan desmedida que le arrojó á tierra, dice S. Vicente Ferrer; y como el mismo Jesucristo dijo por Jeremías, ya habian colmado la medida de los oprobios que habia de pade-

*er: Dabit percutienti se maxillam, satu-
rabitur opprobriis.*

Ya habia sufrido cinco mil y mas azotes aquel delicadísimo cuerpo que se habia fabricado en las puras entrañas de la Virgen; y los que le atormentaron fueron seis feroces verdugos, segun la doctrina de S. Gerónimo. Dos de estos le habian castigado con espinas y abrojos; dos con cordeles nudosos; dos con cadenas de hierro con garfios acerados, hasta despedazar todo su cuerpo sacrosanto; y como añade S. Bernardo, hasta empapar el aire con su sangre. Las heridas, los golpes, los puntapiés, las salivas, las pesadas cadenas con que le habian amarrado á la columna, le habian puesto como otro Job sin parte sana desde el pié hasta la cabeza; todo lleno de llagas, ó por mejor decir, todo su cuerpo era una llaga, segun la espresion de Isaías: *A planta pedis usque ad verticem, non est in eo sanitas.*

Tal fué el espectáculo triste que presentó Pilato al pueblo para ver si podia liberar á Jesus; pero ¡ah barbarie! todos clamaron á una voz: *Crucifigatur.* No, no, crucificalo, sentenciale á muerte, que ya tenemos preparado el instrumento de su último suplicio: *Crucifigatur.* ¿Puede pen-

sarse barbaridad mas horrible? Catón lloró cuando vió los cadáveres de los romanos, contra los cuales habia movido sus armas. Lloró Tito cuando vió los cadáveres de los judíos á quienes habia perseguido. Y aquel Alejandro, que con tantos gastos, con tantos sudores, con tantas fatigas habia procurado quitar del mundo á Darío, con todo eso, cuando leegó á vista de su cadáver ensangrentado, no pudo contenerse sin llorar.

¿Por ventura habian recibido mas heridas, ni se hallaban en tan lastimoso estado los romanos, los judíos, ni Darío, como el Hijo de María Santísima cuando le presentaron el duro lecho de la cruz? Con todo, no halló en sus perseguidores compasion; ántes claman, y como hambrientos de su sangre, piden á voces que sea crucificado, y que para mayor tormento suyo cargue con una pesada cruz hasta el Calvario. *Crucifigatur.*

Piedad, ¿donde estás? Compasion, ¿qué te has hecho? Caridad, ¿á donde te has ausentado? Olvidados los judíos de los sentimientos naturales, como crueles elefantes embravecidos con la vista del sangriento cuerpo del Salvador, apenas oyen la sentencia del juez mas inícuo que jamas ha

visto el mundo, cuando acometen al Señor en tropel con alboroto y vocería, y le ponen sobre aquellos delicados hombros el instrumento de su último suplicio, la cruz. ¡ay dolor, y qué peso tan intolerable para unos hombros tan cansados!

Dos pesos tenia la cruz, ambos capaces de fatigar al mas agigantado en fuerzas y poder. El uno el peso material del leño, el otro el peso de nuestros pecados que Jesus habia tomado sobre sí para lavarlos con su sangre en el Calvario. Santos padres de la antigua ley, vosotros os visteis debajo de las encinas; pero llenos de bendiciones de dulzura. Abrahan debajo de una encina en el valle de Mambre hizo con Dios pacto de confederacion; allí se le hicieron saber las primeras promesas, y se le anunció el nacimiento de Isac: el Señor se le mostró en hábito de peregrino, y le instruyó en el misterio de la Circuncision.

Josué renovó tambien debajo de una encina el pacto que habia hecho con Dios de arrojar los ídolos y la supersticion; en cuyo testimonio puso al pié de aquel árbol una piedra de desmedida grandeza. Jacob sepultó debajo de una encina en Sichen los ídolos y los adornos que les estaban consagrados, con el fin de destruir su falso culto.

Débora, aquella gran profetisa de Israel, fué sepultada debajo de una encina por premio de sus victorias. El ángel del Señor si se deja ver del pueblo amado es sentado al pié de una encina para significarle su proteccion. Solo, solo Jesucristo se vé debajo de una encina oprimido de dolor y angustia, y cual otro Absalon, no por desobedecer á su padre, ántes bien por seguir su voluntad, moribundo, y sin alientos de vida: *Adæsit caput ejus quercui, et illo suspenso....* Pesada como la encina era la cruz que cargó ese Hombre-Dios sobre sus hombros.

Sacad de aquí, almas cristianas, dos reflexiones bien sólidas, que jamas deberíamos perder de vista para comprender en toda su estension la impiedad de los judíos; la una ser la encina el mas pesado leño, añadiéndose á su natural pesadez que el leño de que formaron la cruz, como quiere Monochio, habia nadado largo tiempo en la piscina de Jerusalem, pasando ya por virtud de aquellas aguas el leño, á ser pesado mármol. Pues este leño, tosco y lleno de asperezas, de quince piés de largo y ocho de ancho, fué el que pusieron los bárbaros ministros sobre los hombros de Jesucristo.

La otra reflexion que formo es, que es-

te peso le cargaron sobre los hombros de un hombre que en el huerto había derramado millares de gotas de sangre; que había sufrido cinco mil y mas azotes hasta descubrirsele los huesos y la carne. ¿Qué débil, qué enfermo, qué estenuado de fuerzas no estaria aquel afligido cuerpo! Con todo, á ese afligido y cansado cuerpo le cargan el peso tan desmedido de la cruz. Con razon dijo Santo Tomas de Villanueva, que en los hombros de un hombre que no hubiera sido Dios, no hubieran podido cargar aquella cruz: *Eum nullius puri hominis humerus portare potuisset.* Y aun con ser Dios Jesucristo le abrió la cruz sobre el hombro una herida la mas grande y mas profunda que recibió en su pasion, como se lo reveló á Santa Brígida.

Añadid á este peso otro mucho mas molesto, y capaz de agobiar los hombros mas robustos. Los sacrificios de toros y corderos que se habian ofrecido en la antigua ley, no habian sido suficientes para aplacar á un Dios ultrajado por nuestros pecados. ¿Acaso podrian millares de holocaustos, ni aun la sangre de todo el género humano satisfacer á su justicia? *Numquid placari potes Dominus in millibus arietum?*

Estad ciertos de que solo Jesucristo, ese

Hombre-Dios podia pagar suficientemente por nuestros pecados. El se ofrece á esto voluntariamente, y toma sobre sí todas las maldades del mundo, segun el oráculo de Isaías: *posuit in eo iniquitatem omnium nostrum.* Se olvida, digámoslo así, de que es el Santo de los santos, y se reduce á ser maldicion por los hombres, segun la expresion de la Escritura: *Factus pro nobis maledictum:* á ser la víctima del pecado: *Propitiatio pro peccatis;* y pues que S. Pablo lo ha dicho, yo lo diré despues de él y en el mismo sentido, que se redujo Jesus á ser objeto de la ira de su Padre, como lo es el pecado: *Eum qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit.*

En virtud de esta fineza nota S. Juan Crisóstomo que no habia suplicio alguno que no fuese debido á Jesucristo: humillaciones, ultrages, azotes, clavos, espinas, todo esto en el estilo del Apóstol era la paga del pecado; y yo añado que nada le era tan debido como la cruz, pues en ella habia determinado cargar nuestros pecados, segun la frase de S. Pedro: *Peccata nostra ipse pertulit in corpore suo super lignum.*

Soberbios, sobre ese leño carga Jesucristo ese fausto y lujo con que os vestís: avaros, sobre Jesus cargan vuestras injusticias:

lascivos, sobre sí lleva Jesucristo vuestras impurezas. Inferid de aquí, qué intolerable sería para el Redentor el peso de la cruz. Un solo pecado pesó tanto, que derribó á Luzbel del cielo al abismo; otro hubo de sumergir la nave en que caminaba á Tarso Jonás; otro pecado hundió á los egipcios en el mar, y los hizo descender á lo profundo; ¿pues en qué afliccion no pondria á Jesucristo la cruz en donde estaba el peso de todos los pecados del mundo, de los pecados de todas las naciones, de los pecados de todos los Estados?

Allí estaba la desobediencia de Adán y la de Saul; allí la concupiscencia de Eva y la de Dina; allí la embriaguez de Noé y la de Lot; allí las idolatrías de Manasés y de Israel; allí la deshonestidad de Salomon y la de Amnon; allí la blasfemia del hijo de la israelita que fué apedreado en el desierto, y la de Holofernes; allí los falsos consejos de Balaan y de los hijos de Amnon; allí la envidia de María y de Rachel; allí el celo indiscreto de Josué y Abisai; allí los escándalos de los hijos de Elí y los de Jezabel; allí... ¿pero intento yo numerar los pecados del mundo?

Digamos lo que Jesucristo mismo nos enseña como buen testigo y juez de lo que su-

frío en esta situacion cruel, y diremos bastante: *Circumdederunt me dolores mortis, et torrentes iniquitatis conturbaverunt me.* Porque segun la interpretacion de S. Augustin, de Jesucristo personalmente se deben entender estas palabras: “Los dolores de la muerte me han rodeado, y los torrentes de maldad me han conturbado enteramente.” De este paso me parece que habló Jeremías cuando dijo, hablando de Jesucristo: *Magna est velut mare contritio tua.* ¡Ay Señor! vuestro dolor es como un mar dilatado, cuyo fondo no se puede ver, ni medirse su inmensidad; porque los pecados hicieron tan gravoso el peso de la cruz, que el dolor y la angustia entraron como rios en el alma del Hijo de Dios para formar el mas caudaloso mar de amargura.

¡Ah cristianos! vosotros los que no llevais la cruz, ó segun la espresion de S. Juan Crisóstomo, los que huís de ella como si fueseis monstruos incapaces de domesticarse, ¿podeis oír estas verdades con semblante alegre y tranquilo? ¿Eres discípulo de Jesucristo? pregunta el Crisóstomo. Imita, pues, á este Maestro. ¿Quién puede llamarse discípulo de Cristo si no sigue sus pisadas? Esas pisadas de Jesus no son de alegría y contento, sino de cruz y de lágrimas.

Éstas os pide el Salvador para que lloreis en la amargura de vuestros corazones la impía crueldad de los judíos en cargarle con el pesado leño de la cruz: peso que le obligó á dar en tierra con su rostro santísimo. Oid ahora su profundo abatimiento: segundo objeto de nuestra contemplación.

¡Con cuánto ardor, católicos, había deseado Jesucristo llevar la cruz sobre los hombros para ahogar por ese medio nuestros pecados en el mar profundo de su sangre! Yo le oigo hablar en las Escrituras sobre este punto con un ansia que le saca de sí, y le oprime tanto, que le obliga á decir á voces que se tarda en consumir el sacrificio. Escuchad cómo se explica con esta santa impaciencia en la persona del santo Job: “¿Cuándo será aquel día en que yo acometido por todas partes, maltratado, ultrajado en todo mi cuerpo, cargado con los pecados de los hombres, no halle otro consuelo sino verme sin alivio? Padre mio, ¿cuándo cesareis de afligir á mi pueblo? Volved el azote contra mí solo:” *Vertatur, obsecro, manus tua contra me.*

Con iguales ansias se esplicó con los Apóstoles: “Yo debo ser bautizado, dijo, con un bautismo de sangre, y se me hace tarde

el que no llegue ya el tiempo de que se cumpla:” *Baptismo habeo baptizari, et quo modo coarctor usque dum perficiatur?* En otra ocasión dijo: “Con gran deseo he estado de celebrar con vosotros esta última Pascua;” porque después de ella, como comenta el Crisóstomo, me amenaza el suplicio afrentoso de la cruz: *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum.*

En consecuencia de este ardor con que deseaba la cruz, cuando se la presentaron delante los soldados para ponérsela sobre los hombros, levantando los ojos hácia ella, y echándola los brazos como quien se halla con la mayor felicidad, comenzó á decirle mil ternuras con palabras dulces y suaves: ¡Oh cruz santa y preciosa, dijo, por mí tanto tiempo buscada, tantas veces deseada, con ardiente afecto solicitada, y ya con grande gloria para mí preparada! Ven, descansa mio, alivio único de mis abrasadas ansias, glorioso fin de mis tormentos, dolores y fatigas, principio de mi gloria centro de mi reino, triunfo de mis victorias, insignia de mis capitanes, y estandarte real de mis ejércitos. Ven ahora á mis brazos, amada mia, y luego me recibirás en los tuyos; descansa ahora en mí, que luego descansaré y dormiré en tí el sueño de la muerte.”